

caría fuera de la posibilidad de evitar una gran batalla, y la obligaría á aceptarla en las condiciones más desventajosas. Por consecuencia de este dato, que le inspiraban la situación y los lugares, y aprovechando la cortina de bosques y de pantanos que le separaba de los rusos, decidió Napoleón deslizarse clandestinamente delante de ellos por medio de un movimiento de izquierda á derecha, semejante al que se propuso ejecutar delante del campo de Drisa, trasladarse desde las orillas del Dwina á las del Dnieper, de Vitebsk á Rassasna, pasar el Dnieper, remontarlo velozmente hacia Esmolensko, sorprender esta ciudad que no estaba defendida, desembocar de súbito con toda la masa de sus fuerzas sobre la izquierda de los rusos, que se hallarían así rebasados y cogidos por la vuelta, llevar, si le ayudaba la fortuna, su movimiento á fondo, y quizá renovar contra Bagratión y Barclay reunidos lo que quiso hacer contra Barclay solo, y lo que ya había ejecutado con tan feliz suceso contra Melas y Mack en otros días. En uno de tantos momentos de favor como le había prodigado la fortuna, podía y debía quedar triunfante. ¡Y qué resultados entonces! ¡Verosímilmente la paz arrancada á la Rusia sometida al cabo y puesto en sus manos el cetro del mundo!

Sin embargo este movimiento, aunque bien cubierto por la naturaleza del país espeso y pantanoso, ofrecía un inconveniente, el de ser muy prolongado, porque la derecha del ejército, establecida á las órdenes del mariscal Davout en Rassasna, tenía que andar treinta leguas antes de llegar á Esmolensko, y la izquierda, situada bajo el príncipe Eugenio en Sourage, necesitaba caminar otro tanto, para reemplazar al mariscal Davout en Rassasna, y sólo después de ejecutar este movimiento se podía empezar á caer sobre la izquierda del enemigo. Pero era casi imposible obrar de otro modo, y la cortina de bosques y pantanos, que nos separaba de los rusos, era además tan espesa, y Napoleón tan hábil en las marchas, que había probabilidades de dar á la empresa un feliz remate. Verdad es que se hubiera podido acortar mucho esta travesía, ahorrándose de pasar el Dnieper, yendo por entre este río á la izquierda de los rusos, dispensándose así de tomar á Esmolensko, y girando en torno del enemigo á quien se trataba de envolver más de cerca. Pero de esta suerte se trocaba una dificultad por otra, la de sorprender á los rusos por la de arrollar subitáneamente su izquierda, formada por el valiente Bagratión en este momento, y de arrollarla de manera tan rápida y venturosa que se imposibilitara al resto del ejército el escape. Antes de tomar su partido, consultó Napoleón al mariscal Davout, como el más idóneo para dar sobre esta grave cuestión un dictamen provechoso, y á mayor abundamiento como el mejor colocado entonces para calcular la situación de las dos huestes. Después de oírle, decidióse por el movimiento más prolongado, el que consistía en pasar el Dnieper, remontarle por la orilla izquierda, apoderarse de Esmolensko y desembocar improvisamente sobre la izquierda de los rusos, sorprendida y rebasada (1).

(1) Algunos historiadores han supuesto que determinaron la marcha de Napoleón los movimientos ulteriores de los rusos, de que se va á dar cuenta. La correspondencia de Napoleón y del mariscal Davout, no conocida por estos historiadores, demuestra que Napoleón consultó ya al mariscal sobre este punto el 6 de agosto;

Resuelta esta brillante y vasta maniobra, dispuso Napoleón que se aprestara todo para la marcha de los diversos cuerpos de ejército del 10 al 11 de agosto. Por Babinowicz y Rassasna debía allegar el mariscal Davout sus tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, juntarlas á las de Dessaix y Compáns, á los polacos, á los westfalianos, y estar pronto con la caballería del general Grouchy á llegar á cubrir las avenidas de Rassasna y de Liady, cerca de las cuales estaba acordado que el ejército pasara el Dnieper. Segregando del ejército polaco la división de Dombrowski, dejada en Minsk, podía formar el conjunto de este cuerpo una masa de cerca de ochenta mil hombres á las órdenes del mariscal Davout, á quien llevarían de este modo un refuerzo de treinta y seis mil hombres. Finalmente, partiendo el príncipe Eugenio de Sourage, y la guardia de Vitebsk, para pasar por Babinowicz y Rassasna, debían añadir la guardia veinticinco mil hombres, el príncipe Eugenio treinta mil, esto es, cincuenta y cinco mil soldados, á la masa total del ejército francés, á lo menos en la parte que estaba dispuesta al avance. Pudiendo añadir á ella el general Latour Maubourg de cinco á seis mil jinetes, si se le mandaba concurrir á la empresa, había que calcular en ciento y setenta mil combatientes bajo bandera las fuerzas con que Napoleón se prevenía á descargar el golpe decisivo. Si se cuentan además diez y ocho ó veinte mil sajones y polacos á la derecha hacia el Dnieper, no incluidos los austriacos, sesenta mil franceses y aliados á la izquierda junto al Dwina, que sumaban ochenta mil en todo, se hallan los doscientos cincuenta ó doscientos cincuenta y cinco mil hombres que restaban de los cuatrocientos veinte mil, con que se había pasado el Niemen. Para guardar el punto importante de Vitebsk junto al Dwina, y además sus almacenes y hospitales, dejaba allí Napoleón como unos seis ó siete mil soldados, componiéndose de un regimiento de flanqueadores de la guardia, de otro de tiradores, de tres batallones de marcha, y de hombres sueltos, que se esperaba ir juntando. Estos cuerpos debían seguir muy pronto adelante, bien que reemplazándolos otros, de manera de formar como en Wilna una guarnición móvil y siempre bastante numerosa. Encargada fué la caballería ligera de ejecutar una batida sobre las dos márgenes del Dwina para atraer á Vitebsk á los mero-deadores, diciéndoles que iban á partir sus regimientos, y que, si se quedaban en aquellos lugares, les aprisionarían los cosacos.

Mientras se preparaba todo para esta operación magna, los rusos prevenían otra no tan bien concertada ni con las mismas probabilidades de buen suceso. Al ejército principal se había unido el príncipe Bagratión por Esmolensko. Después de las pérdidas sufridas delante de Mohilew y en las marchas, no llevaba á Barclay de Tolly más de cuarenta mil hombres, y elevaba así á ciento treinta y cinco ó quizá á ciento cuarenta mil soldados el ejército total opuesto á Napoleón por los rusos. Lo que subsistía del plan general adoptado por el emperador Alejandro y modificado después por los acon-

prueba irrefragable de que ya le había ocurrido antes de esta fecha. Hasta el 8 no se dió á conocer el primer movimiento de los rusos, ni se supo en el cuartel general hasta el 9, y por consiguiente no fué causa de las operaciones ejecutadas por Napoleón en torno de Esmolensko. (N. del A.)

tecimientos, era la resolución de aprovecharse al paso las faltas que por el ejército francés pudieran ser cometidas, sin dejar de ir continuamente operando la retirada. Una falta muy grave se creía haber descubierto en la dispersión aparente de sus acantonamientos. Viéndolos empezar en Sourage, seguir por Vitebsk, Liosna y Babinowicz hasta Doubrowna, se les suponía diseminados sobre más de treinta leguas. No se sabía que tan luego como se hubiera roto la cortina de bosques y de pantanos, se encontraría á Murat con catorce mil jinetes, apoyado al punto por los veintidós mil infantes del mariscal Ney, lo cual sumaba de seguida treinta y seis mil hombres de una calidad admirable, capaces de hacer cara á triple número de fuerzas, debiendo juntarse los treinta y seis mil hombres de las divisiones de Morand, de Friant y de Gudin en el espacio de algunas horas: no se sabía que se recibirían por el flanco los veinticinco mil hombres del príncipe Eugenio y los treinta mil de la guardia; que tales tropas y tales generales, situados además con tanto arte unos al lado de otros, no eran fáciles de sorprender, ni de perturbar, ni de ser puestos en derrota por un ataque imprevisto sobre uno de sus acantonamientos. Sea como quiera, los generales rusos, que formaban una oligarquía militar más bien que un estado mayor subordinado á un solo jefe, pues según se ha visto el general Barclay de Tolly no mandaba al príncipe Bagratión más que en calidad de ministro de la Guerra, los generales rusos, aun creyendo muy prudente la idea de retirarse hasta que el ejército francés se sintiese muy debilitado, no cedían á ponerla en planta sino á despecho, y experimentando á todas horas el deseo de aventurar una batalla, si se presentaba ocasión favorable. Sobre todo desde que los dos ejércitos estaban juntos y se había subido del número de noventa mil al de cerca de ciento cuarenta mil hombres, se contaban más razones para que prevaleciera el proyecto de arriesgar una batalla. Con su ardor habitual estaba el príncipe de Bagratión á la cabeza de los que apeteían combate. En la masa del ejército, no habiendo bastante ilustración para discernir el mérito de una retirada calculada, se calificaba de cobardes á los que hablaban de proseguir retrocediendo. Hasta á insultar al bizarro Barclay de Tolly se propasaban los soldados, lo cual soportaba éste con indiferencia aparente, pero con interior pena, tanto más honda, cuanto más oculta. Impulsado el movimiento de los ánimos hasta la insubordinación en ciertos momentos, vióse obligado á mandar fusilar á algunos sediciosos demasiado audaces en sus demostraciones. Con todo juntó el 5 de agosto un consejo de guerra, al cual asistieron, además de los dos generales en jefe Barclay de Tolly y Bagratión, el gran duque Constantino, el general Yermozoff y el coronel Toll, uno jefe de estado mayor y otro cuartelmaestre general del primer ejército, el conde de Saint-Priest, jefe de estado mayor del segundo, y el coronel de Volzogen, representante el más distinguido del sistema de retirada. Con la vivacidad y las formas incisivas que le eran peculiares, abogó el coronel Toll por la ofensiva, y obtuvo el éxito que se obtiene siempre, cuando se habla á favor de la pasión dominante.

En vano el general Barclay de Tolly y el coronel Volzogen hicieron valer las ventajas de una retirada, que tenía por objeto atraer á los franceses á las profundida-

des de la Rusia, y acometerlos sólo cuando estuvieran bastante debilitados, para que infaliblemente se pudieran triunfar de su bravura. No se les comprendió ó fingióse que no se les comprendía, y se acogieron con la mayor frialdad sus razonamientos. Barclay de Tolly no tenía de extranjero más que el nombre y la cuna. Se les hizo ver hartos á las claras la desconfianza que inspiraban uno y otro, é inmediatamente se resolvió la ofensiva, si bien contra toda razón. Efectivamente, no era probable que el emperador Napoleón se mostrara de improviso tan bisono general que acampara durante quince días muy próximo al enemigo, sin haber tomado sus precauciones. Se le suponían doscientos mil hombres á su alcance, lo cual era exagerado, pero bastaba que tuviera cien mil solamente, dándose la mano unos á otros, para que á los ciento cuarenta mil hombres de que disponían los rusos, y de los cuales podían concurrir cuando más ochenta mil á un solo punto, se les atajase el paso, y, á las veinticuatro horas de un ataque imprudente, se les envolviera y arrastrara sabe Dios á qué consecuencias. Pero es raro que los hombres conserven su razón ante una idea dominante. Antes de esta guerra, la propensión á la imitación había dirigido todos los ánimos hacia una retirada semejante á la de lord Wellington en Portugal: después del principio de las hostilidades, la pasión nacional había enderezado los mismos ánimos al furor de combatir. Barclay de Tolly cedió y acordóse atacar el 7 de agosto en tres columnas: dos de ellas, compuestas de tropas del primer ejército, se adelantarían por el alto Kasplia sobre Inkowo contra los cantones de Murat, punto medio de la línea de los franceses y que se consideraba el más flaco; la tercera columna, compuesta del segundo ejército á las órdenes del príncipe Bagratión, debía avanzar de Esmolensko á Nadwa para apoyar el esfuerzo de las otras.

Con efecto, el día 7 se pusieron en marcha á tenor del plan adoptado. Una fuerte vanguardia de jinetes, formada por los cosacos de Platow y por la caballería del conde Palhen, se aproximó el día 8 á Inkowo, donde el general Sebastiani estaba acantonado con la caballería ligera de Montbrún y un batallón del 24 de ligeros, perteneciente al mariscal Ney. Personalmente quiso ir el general Barclay de Tolly con esta vanguardia para observar lo que iba á acontecer por sus propios ojos. Mas dotado de sagacidad política que de sagacidad militar el general Sebastiani, había dejado que se le acercaran los rusos, casi sin que lo descubriera, y limitóse á participar á su jefe, el general Montbrún, que, habiendo sido muy estrechados sus puestos desde el día antes, recelaba que le costaría trabajo vivir de allí á poco. A esta simple indicación acudió el general Montbrún, y aunque enfermo, la mañana del 8 montó á caballo, y vió caer doce mil jinetes sobre los tres mil del general Sebastiani. Guiado por un valiente oficial recibió el batallón del 24 de ligeros muy largo rato á aquella nube de caballos, y los generales Montbrún y Sebastiani vieron obligados á cargarles durante el día más de cuarenta veces. Finalmente, después de perder de cuatrocientos á quinientos hombres, y con especialidad una compañía entera del 24 de ligeros, volvieron á ganar estos dos generales los cantones del mariscal Ney, y allí encontraron un apoyo invencible. Los rusos hicieron alto. Esta tentativa les demostró que, si á la sazón



no estaban muy en guardia algunos puestos franceses, nada podían contra su masa. Hacia Poreczie, frente á frente de los cantones del príncipe Eugenio, hallaron extremada vigilancia y masas de tropas considerables, lo cual era natural porque había allí mucha infantería. Este dato hizo creer á Barclay de Tolly que los franceses habían mudado de posición, que se habían trasladado sobre su izquierda para rebasar la derecha de los rusos hacia el nacimiento del Dwina, é interceptarles el camino de San Petersburgo. Afectado por este recelo Barclay de Tolly, que marchaba de mala gana, expidió una contraorden general de ala á ala, y prescribió el movimiento retrógrado á sus principales columnas, que le obedecían directamente, á fin de operar de seguida un fuerte reconocimiento sobre su derecha. Le salió perfectamente, pues si se obstinara en esta marcha ofensiva, recibiera de flanco el choque de los ciento veinte mil hombres procedentes del Dwina, fuera empujado sobre los cincuenta y cinco mil que guardaban el Dnieper y probablemente se viera ahogado entre unos y otros. Por lo que hace á Bagratión, se estuvo en el camino delante de Esmolensko y hacia Nadwa.

De estos movimientos bastante oscuros del enemigo se dió noticia al cuartel general el 9 de agosto. Difícil era penetrar la intención de ellos; pero Napoleón sentía tal impaciencia de venir á las manos con los rusos, que se regocijaba de encontrarlos, sin que le importara dónde ni cómo. Delante tenía á su derecha á Murat y á Ney hacia Liosna, detrás las divisiones de Morand, Friant y Gudín, y pudiendo acudir personalmente con el príncipe Eugenio y la guardia, estaba seguro de abrumar á los rusos, de empujarlos hacia el Dnieper y de entregárselos vencidos á Davout, que los aprisionara á millares. A todos prescribió que estuvieran alerta, y quiso aguardar el desarrollo de los designios del contrario antes de emprender su gran maniobra. Pero habiendo pasado el 9 y el 10 de agosto sin que los rusos que retrogradaban le dieran señal de vida, supuso que los movimientos que habían llamado su atención no eran más que cambios de cantones, y puso el ejército en marcha. Siendo el 10 el tiempo horroroso, no se marchó hasta el 11 y el 12 (1). Los cuerpos de Murat,

(1) Véase la verdadera situación de las fuerzas en el instante del movimiento sobre Esmolensko.

*A las órdenes de Napoleón*

El príncipe Eugenio en Sourage. . . . .	30.000 hombres.
Murat en Inkowo. . . . .	14.000 »
Ney en Liosna. . . . .	22.000 »
Las tres divisiones de Morand, Friant y Gudín, entre Janowicz y Babinowicz. . . . .	30.000 »
La guardia en Vitebsk. . . . .	25.000 »
Total. . . . .	121.000 hombres.

*A las órdenes del mariscal Davout junto al Dnieper*

Dessaix y Compáns. . . . .	18.000 hombres.
Caballería ligera. . . . .	2.000 »
Claparede. . . . .	3.000 »
Grouchy. . . . .	4.000 »
Poniatowski. . . . .	15.000 »
Westfalianos. . . . .	10.000 »
Latour-Maubourg. . . . .	5 ó 6.000 »
Total. . . . .	57.000 hombres.

de Ney y de Eugenio, las tres divisiones de Morand, Friant y Gudín, y por último, la guardia, se movieron cada cual de su lado el 11 de agosto, llevando delante al general Eblé con el tren de puente. Murat y Ney desfilaron por detrás de los bosques y los pantanos que se extendían desde Liosna hasta Lioubawicz y vinieron á desembocar á orillas del Dnieper enfrente de Liadi. Allí se trabajaba en echar dos puentes, que el día 13 debían estar practicables. Siguió el príncipe Eugenio á Murat y á Ney á distancia de una jornada por Sourage, Janowicz, Liosna, Lioubawicz. Las divisiones de Morand, Friant y Gudín se encaminaron por Babinowicz á Rassasna, donde cruzaron el Dnieper sobre tres puentes echados de antemano. Siguióles la guardia. Todo el ejército durante la tarde del 13 y la noche del 13 al 14 pasó el Dnieper, y á la siguiente mañana se encontraron ciento setenta y cinco mil hombres al otro lado de este río, con el corazón lleno de esperanza, teniendo á Napoleón á su cabeza, y creyendo marchar á triunfos próximos y decisivos.

Nunca se han visto tantos hombres, caballos y cañones reunidos verdaderamente en un mismo punto, pues cuando los historiadores hablan de cien mil hombres, lo cual es raro, no hay que entender cien mil hombres presentes en realidad bajo bandera, sino cien mil que se suponen presentes, lo cual significa la mitad á menudo. Aquí los ciento setenta y cinco mil hombres, residuo de los cuatrocientos veinte mil, estaban completos. Extraordinaria era la afluencia de hombres, de animales y de carros de guerra. De pronto aparecía cierta especie de confusión, pero muy luego se descubría el orden que una mano superior había sabido introducir en todo. Secado había el sol los caminos y se marchaba por entre inmensas llanuras, cubiertas de hermosas mieses, sobre una carretera ancha, y á cuyos bordes se veían cuatro hileras de álamos blancos, bajo un cielo resplandeciente de luz, si bien menos ardoroso que los días anteriores. Se remontaba la orilla izquierda del Dnieper que se acababa de pasar, y cuyas aguas poco caudalosas en esta parte de su curso, corriendo lentas sobre un lecho sinuoso y profundamente encajonado, no correspondían sino medianamente á la idea que de él se había formado el ejército por su antiguo nombre de Borístenes; y consistía en que se estaba junto al nacimiento de este río, y en que los ríos, á semejanza de los hombres, son humildes al principio de su carrera. Este movimiento de ejército, uno de los mejores que se hayan ejecutado nunca, operóse durante los días 11, 12 y 13 de agosto, sin que lo echaran de ver los rusos. Todavía se hallaban ocupados en hacer probaturas, en buscarnos sobre su derecha, mientras nosotros íbamos á rebasar su izquierda, y no se atrevían ya á avanzar más á pesar de su plan de ataque contra nuestros cantones, que les parecían diseminados.

A la mañana del 14 marchaba Murat con la caballería de los generales Nansouty, precedida por la del general Grouchy sobre Krasnoe. Ney le seguía con su infantería ligera. Todo pasaba hasta ahora á maravilla. Napoleón había mandado ir adelante y remontar el Dnieper hacia Esmolensko.

Algo más acá de Krasnoe descubriose por primera

Unidas las tropas mandadas por Napoleón á las dirigidas por el mariscal Davout sumaban 177 ó 178.000 hombres. (N. del A.)

vez al enemigo. Las tropas que se divisaron eran de la división de Neveroffskoi, fuerte de cinco á seis mil hombres de infantería, de mil quinientos de caballería, y situada por el príncipe Bagratión en observación de Krasnoe, para cubrir á Esmolensko contra las tentativas posibles del mariscal Davout. Lanzada sola á la izquierda del Dnieper, mientras Bagratión y todo el ejército ruso estaban á la derecha, corría muy grave peligro. Marchando la caballería de Bordsessoule en unión de la de Grouchy, precipitose sobre el enemigo y le repelió hacia Krasnoe. Al frente de algunas compañías del 24 de ligeros entró Ney en esta ciudad á la bayoneta, expulsó de allí á los rusos, y muy luego pasó al otro lado, donde había un barranco, y sobre el barranco un puente roto. Necesitábase restablecerlo, y entretanto se halló atajada la artillería. Lo que es la caballería, girando á la izquierda, bajó á lo largo del barranco, halló y cruzó un paso fangoso, y corrió detrás de los rusos. El general Neveroffskoi había formado su infantería en un cuadro compacto, y así marchaba por la ancha carretera, guarnecida de álamos blancos y que conducía á Esmolensko, sacando el mejor partido posible del obstáculo que oponían aquellos árboles á las cargas de nuestra caballería. También se aprovechaba de carecer nosotros de artillería, para disparar á cada alto la suya, y cubrir á nuestros jinetes de metralla. Pero cada vez que detenía el terreno á este grueso cuadro ruso, y le obligaba á desunirse para que desfilaran los soldados, nuestros escuadrones se aprovechaban á su vez de la coyuntura, le cargaban y penetaban en su centro, le cogían hombres y cañones, sin lograr dispersarle á pesar de todo, porque inmediatamente después de transponer el obstáculo se rehacía. Apelotonados así aquellos infantes unos sobre otros, defendiendo sus banderas y su artillería, avanzaban de continuo por una nube de jinetes, se retiraron hasta la aldea de Koritnia, después de ponernos fuera de combate de cuatrocientos á quinientos jinetes entre muertos y heridos, bien que dejando en nuestras manos ocho bocas de fuego, setecientos ú ochocientos muertos y unos mil prisioneros. Efectivamente no quedara uno, si tuviéramos nuestra infantería y nuestra artillería.

Delante de Koritnia se detuvo nuestra vanguardia, por no haber pasado el grueso del ejército de Krasnoe.

Al día siguiente no se hizo más que una etapa muy corta para juntarse todos. El mariscal Davout había devuelto á la guardia la división polaca de Claparede, á Nansouty los coraceros de Valencia, encargándose de nuevo de sus tres divisiones de infantería de Morand, Friant y Gudín, muy felices de volverse á hallar á las órdenes de su antiguo jefe. Los polacos, mandados por Poniatowski, los westfalianos fiados por Napoleón al general Junot, tornaron á verse á las órdenes de cuartel general, y se hallaban á la misma altura del ejército sobre su extrema derecha. Con la vanguardia de Murat y de Ney marchaba la caballería de Grouchy, ínterin se incorporaba el príncipe Eugenio, que era el que tenía que andar más camino.

Al día siguiente 15 se quiso celebrar en aquellas lejanas márgenes del Dnieper el santo de Napoleón, aun cuando no fuera más que con algunas salvas de artillería. Todos los mariscales rodeados de sus estados mayores llegaron á rendirle sus homenajes. Retumbaba el cañón á la misma hora, y como se lamentase Napoleón

de que, á la distancia en que se hallaban entonces, se gastaran municiones preciosas, le respondieron los mariscales que aquellas salvas de regocijo se hacían con la pólvora tomada en Krasnoe á los rusos. Sonrióse al oír esta respuesta, y acogió de buen grado los vivas del ejército como una señal de su ardimiento belicoso. ¡Ah!, ¡ni él, ni sus soldados sospechaban los horribles desastres que les aguardaban en aquellos mismos sitios tres meses más tarde!

A otro día, el 16 de agosto, dióse orden á la vanguardia de marchar sobre Esmolensko, donde se esperaba entrar por sorpresa, pues no habiendo encontrado más que á las divisiones de Neveroffskoi, de la cual una tercera parte quedaba prisionera ó destruída, se suponía que esta ciudad debía estar mal custodiada, y destinada por consiguiente á pertenecernos dentro de pocas horas. En esta región próxima á los polos y en la estación presente, era ya día claro á las tres de la madrugada. Unida la infantería de Ney con la caballería de Grouchy, siguió adelante, y al llegar á lo alto de las cumbres que rodean á Esmolensko, y desde donde se cae á plomo sobre esta ciudad construída á orillas del Dnieper, pudo juzgar de que la esperanza de sorprenderla era poco fundada. Efectivamente descubrió á otro lado del Dnieper una tropa numerosa que entraba en los muros de Esmolensko. Era el séptimo cuerpo de Raeffskoi, dirigido allí de prisa por Bagratión, que empezó á comprender nuestro movimiento. Adelantándose él mismo por la orilla derecha del Dnieper, cuya izquierda remontábamos nosotros, corría en auxilio de la antigua ciudad de Esmolensko, plaza fronteriza de la Moscovia, que era muy apreciable para los rusos, y que habían disputado violentamente y durante siglos á los polacos.

Apenas se aproximó Ney al barranco, que le separaba de la ciudad, fué acometido por muchos centenares de cosacos emboscados, recibió un balazo en el cuello de la levita, y no se vió libre sino con gran trabajo y socorrido por la caballería ligera del tercer cuerpo. Habiendo descubierto á su izquierda que parte del recinto de Esmolensko estaba cerrado por una ciudadela pentágona de tierra, trató de tomarla con el regimiento 46 de línea; mas, recibido por una granizada de balas, perdió trescientos ó cuatrocientos hombres y hubo de retirarse. Como ignoraba Ney hacia qué punto era abordable la ciudad por este lado, y no quería aventurar una refriega súbita hasta que Napoleón llegara, se detuvo para esperarle. Poco á poco llegó el resto del tercer cuerpo y formóse en línea sobre las alturas á cuya falda se descubre Esmolensko. Ney se estableció á la izquierda y cerca del Dnieper con su infantería, mientras la caballería de Grouchy desembocaba sobre la derecha, y se dirigía al encuentro de un grueso cuerpo de caballería rusa. Habiendo hecho ademán de cargarnos, echóse encima el 7.º de dragones al galope, le embistió con brioso empuje, y repelióle á la ciudad. Murat, siempre en medio de sus jinetes, no pudo menos de batir palmas al ver esta carga del 7.º de dragones. Habiendo acudido la artillería montada de Grouchy, á las órdenes de un oficial tan audaz como hábil, el coronel Griois, cubrió de bombas á los escuadrones rusos y les obligó á meterse en los arrabales de Esmolensko.

Así se empleó el tiempo hasta la llegada del emperador y de todas las tropas. Napoleón presentóse á cosa



de medio día, y Ney se apresuró á mostrarle el circuito de la ciudad que ya había recorrido entonces.

Esmolensko, según acabamos de decir, se halla junto al Dnieper y á la falda de dos cordilleras de montañas, que estrechan el curso de este río. La ciudad vieja, y más importante con mucho, está á la izquierda, por la cual llegábamos nosotros; la ciudad nueva, llamada arrabal de San Petersburgo, se alza á la orilla derecha, por la cual llegaban los rusos. Las junta un puente. Rodeada se hallaba la ciudad vieja de un muro de ladrillo, de quince pies de espesor en su base, de veinticinco de altura, y flanqueado de trecho en trecho por gruesas torres. Un foso, con camino cubierto y glacis, todo mal trazado, precedía y amparaba entonces este muro, muy anterior á la ciencia de la fortificación moderna. Delante y en torno de la ciudad se descubrían grandes arrabales, uno llamado de Krasnoe, sobre el camino de esta población y tocando al Dnieper; otro hacia el centro, llamado de Micislaw, por el nombre del camino que allí desemboca; otro más al centro, llamado de Roslawl por la misma causa; otro á la derecha, llamado de Nikolskoie, y el último, llamado de Raczenska, formando la extremidad del semicírculo y teniendo al Dnieper por apoyo. Desde las alturas sobre las cuales se había ido alineando el ejército todo, se descubría la ciudad vieja, su recinto flanqueado de torres, sus calles tortuosas y en cuesta hacia el río, una hermosa y antigua catedral bizantina, el puente echado sobre el Dnieper de una orilla á otra, y más allá por fin la ciudad nueva, elevándose sobre las cumbres de enfrente. Se veían llegar por la orilla derecha del Dnieper tropas numerosas, cuya marcha rápida anunciaba que los soldados rusos corrían en masa para defender una ciudad que estimaban casi tanto como á Moscou. Ya que Napoleón había perdido la esperanza de sorprender á Esmolensko, se lisonjeaba con la de ver desembocar á todo el ejército ruso para dar batalla. Le bastaba con una gran victoria conseguida bajo los muros de esta ciudad, y seguida de las consecuencias que sabía sacar de todos sus triunfos. Una profunda experiencia le había enseñado que en la guerra no siempre se realiza la victoria buscada, pero que si la hay y es insigne, importa poco que no sea la prevista y la deseada.

Con efecto, el príncipe Bagratión remontaba la orilla derecha del Dnieper á toda prisa, por un movimiento paralelo al nuestro, y viniendo Barclay por el camino transversal, que conduce del Dwina al Dnieper, empezaba á aparecer sobre las alturas opuestas á las ocupadas por nosotros. Advertidos de los designios de Napoleón ambos, se adelantaban presurosamente á defender la antigua ciudad rusa, y aun cuando combatir en aquella posición fuera grande imprudencia, no podían soportar el oprobio de entregar á Esmolensko sin disputarla, cualquiera que fuese el resultado. No se discutió de consiguiente, cedióse á un movimiento involuntario, é inmediatamente se distribuyeron los papeles sin ninguna disputa (1). Dos había que desempeñar muy

(1) Se han atribuído al general Barclay de Tolly motivos de toda clase para explicar la defensa de Esmolensko. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, militar tan bravo como agudo, parcial con razón de Barclay de Tolly harto despreciado por el ejército ruso, pretende que Barclay de Tolly no defendió á Esmolensko más que por engañar á Napoleón, y á fin de no revelarles demasia-

importantes: el primero y más indicado el de defender á Esmolensko. Pero si mientras por esta ciudad se empeñaba la pelea, no haciendo Napoleón más que un ataque simulado, pasaba el Dnieper más arriba, cosa muy posible, como que era vadeable el río en aquella estación y por aquel paraje, sin duda se les podía rebasar y cortar á la vez de Moscou y de San Petersburgo, y se exponían á un verdadero desastre, el que les amenazaba sin que llegaran á comprenderlo desde el principio de la campaña.

De consiguiente, acordóse que al frente del segundo ejército fuera el príncipe Bagratión á tomar posición más arriba de Esmolensko, junto al Dnieper, á fin de vigilar de cerca los vados, mientras Barclay de Tolly defendía la ciudad contra los franceses. Esta distribución de papeles parecía la más natural, y era más fácil al príncipe Bagratión, por haber llegado el primero y estar delante del resto del ejército ruso, trasladarse más arriba de Esmolensko. Inmediatamente se puso en marcha, y fué á apostarse con cuarenta mil hombres detrás del riachuelo Kolodnia, afluente del Dnieper. El general Raeffskoy, que á la cabeza del cuarto cuerpo había guardado á Esmolensko durante el día 15 y la madrugada del 16, debió evacuarlo, reemplazándole las tropas de Barclay de Tolly. Éste fió la defensa de Esmolensko al sexto cuerpo, mandado por uno de los oficiales de más peso del ejército ruso, el general Doctoroff. Agrególe al efecto la división de Konownitsín, los restos de la división de Neveroffskoy, la que había peleado en Krasnoe, y situó lo demás de su ejército al otro lado del Dnieper en la ciudad nueva y en las cumbre de más arriba. Ocupando los franceses en número de ciento cuarenta mil hombres (2) y como en anfiteatro las alturas de la orilla izquierda del Dnieper, ocupando los rusos en número de ciento treinta mil hombres las de la orilla derecha, presentaban unos respecto de otros

do el proyecto de retirada indefinida, de la cual no le quedara la más remota duda, si hubiera cedido sin combate un punto como el de Esmolensko. Esta es una de las hipótesis ingeniosas, por cuyo medio se atribuye á los hombres más cálculo que el que ha guiado su conducta. Semejante cálculo no valía el sacrificio de doce á quince mil hombres, la pérdida de un tiempo precioso, y movimientos en torno de Esmolensko, que exponían al ejército ruso á perder la línea de retirada. A veces los jefes de ejércitos como los jefes de Estados experimentan sentimientos indomables, ó, sin experimentarlos, se ven obligados á ceder á ellos, y estos sentimientos producen en su conducta varias contradicciones, sobre las cuales, y por no comprenderlas, se hacen después interminables comentarios. A un sentimiento semejante cedió Barclay de Tolly entonces, porque entregar á Esmolensko sin combate, fuera una vergüenza, á la cual nadie se hubiera querido exponer en el estado del ejército ruso. Se peleó en esta ocasión sin hacer caso del resultado que se obtendría, y al cabo de todo, batirse vigorosamente, nunca es un yerro, y siempre agota las fuerzas físicas y morales del enemigo.

Por su parte Mr. de Chambray ha pretendido que fué disputado Esmolensko por salvar algunos almacenes. No se pierde la vida de doce mil hombres, ni se corre el riesgo de dos días perdidos en una retirada, para salvar almacenes. Repetimos que sólo el sentimiento, experimentado á la vista de la ciudad de Esmolensko próxima á caer en manos de los franceses, fué el que decidió á Barclay de Tolly al combate. Estos son efectos morales que es necesario tener en cuenta en la guerra, y que determinan más que el cálculo en muchas ocasiones la conducta de los hombres de guerra lo mismo que la de los políticos. (N. del A.)

(2) A no haberse quedado algunas leguas atrás el príncipe Eugenio y el general Junot, contarán los franceses no menos de ciento setenta y cinco mil hombres sobre las armas. (N. del A.)

el espectáculo más sorprendente y más extraordinario.

Todo lo que Napoleón, con su práctica ojeada, pudo colegir de cuanto pasaba ante sus ojos, fué que el ejército ruso acudía en masa á defender una ciudad que estimaba sobremanera.

Deteniéndose al fin los rusos, Napoleón no podía retroceder ni fluctuar en su presencia, dándole la ventaja de haberle disputado un punto como Esmolensko. Sin duda pudiera remontar el Dnieper, quizá vadearle por más arriba de Esmolensko, y ejecutar á algo más de altura su gran maniobra; pero, por una parte no tenía tiempo de reconocer el río y averiguar si era fácil su paso, y por otra debía de titubear en emprender á vista de los rusos una operación semejante, y sobre todo dejándoles el puente de Esmolensko, por donde podían desembocar á toda hora y cortar le su línea de comunicaciones. Tomar á Esmolensko ante sus ojos por un acto de energía, era la única operación adecuada á su situación y á su carácter, y capaz de conservar le el ascendiente de las armas, de que necesitaba más que nunca.

Napoleón formó inmediatamente en línea sus tropas. A la izquierda, junto al Dnieper y frente por frente del arrabal de Krasnoe, situó las tres divisiones de Ney: en el centro y frente por frente de los arrabales de Micislaw y de Roslawl, las cinco divisiones de Davout: á la derecha y delante de los arrabales de Nikolskoie y de Raczenska, los polacos de Poniatowski, impacientes por atacar la ciudad tan disputada á los rusos por sus abuelos; y por último, á la extrema derecha, y sobre una meseta á lo largo del Dnieper, la masa de la caballería francesa. Detrás, y en el centro de este vasto semicírculo, estableció á la guardia imperial, y sobre las alturas, en los puestos mejor escogidos, su formidable artillería, que iba á cubrir con sus fuegos de arriba abajo á la desgraciada ciudad rusa.

Todavía el cuerpo del príncipe Eugenio estaba detrás unas tres ó cuatro leguas, en Koritnia á lo largo del Dnieper. Junot, encargado de ir con los westfalianos en auxilio de los polacos, había equivocado el camino. Pero no se necesitaban los cuarenta mil hombres á que ascendían estos dos destacamentos del ejército para abrumar á los contrarios. Toda la segunda mitad del día 16 fué así empleada por los franceses y los rusos en asentarse en sus posiciones, sin choque serio por ninguna de las dos partes, salvo por la de los franceses en hacer un continuo fuego de artillería, que producía sobre la ciudad grandes destrozos, y mataba mucha gente á causa de lo hacinadas que estaban las tropas.

Al día siguiente 17 por la mañana, montando Napoleón á caballo desde muy temprano, quiso observar lo que hacía el enemigo, y rodeado de sus lugartenientes recorrió todo el semicírculo de las alturas, sobre las cuales había acampado. Distintamente se veía á los treinta mil hombres de Doctoroff, de Konownitsín y de Neveroffskoy tomar sus posiciones en la ciudad y los arrabales, mientras permanecía inmóvil sobre las alturas el resto de los dos ejércitos rusos. Entre el número de las suposiciones juzgadas por Napoleón como admisibles, aun cuando poco verosímiles, se contaba la de que, dueños los rusos de Esmolensko, y pudiendo pasar y reparar á su antojo el Dnieper al abrigo de fuertes muros, llegasen á presentarle batalla, para salvar una ciudad, á la cual atribuían grande precio. Con efecto,

al lado de Esmolensko y hacia nuestra derecha había una meseta bien situada, ceñida de un barranco, y sobre la cual se preparaba Napoleón á desplegar su caballería. No hubiera sido imposible que tentara este puesto á los rusos, y hasta para atraerlos allí Napoleón tuvo el cuidado de no ocuparlo todavía y de mantener su caballería á retaguardia. De seguro nada le conviniera más que semejante falta por parte de los rusos; pero ir á dar una batalla al otro lado del Dnieper, teniéndole así á su espalda en caso de quedar batidos, era un yerro tan enorme que no debía esperarlo. Además que á la sazón no pensaban en dar batalla, sino en verter su sangre por Esmolensko, y este sacrificio á la pasión nacional era todo lo que se había de esperar de ellos.

Sin embargo Napoleón dejó transcurrir dos ó tres horas antes de abrazar un partido, á fin de apurar las eventualidades de una acción general hasta el último extremo. En torno suyo se elevaba más de una reflexión sobre la dificultad de tomar á Esmolensko por asalto contra treinta mil rusos que se metían en su recinto, y las escuchaba sin dar respuesta. Como ninguna de las ideas, que pudiera suscitar una situación militar, dejaba de surgir en su mente, entrevió la posibilidad de cruzar el Dnieper más arriba de Esmolensko y de desembocar de improviso sobre la izquierda de los rusos, lo cual le llevara á la plena ejecución de su gran maniobra. Pero para intentar semejante operación sin imprudencia, se necesitaba que pudiera ejecutar el movimiento con celeridad extremada, es decir, que el río fuera vadeable, que sus soldados pudieran cruzarlo con el agua hasta el pecho, y que pasando el Dnieper, como en otros días el Tagliamento delante del archiduque Carlos, llegasen á desbordar rápidamente la izquierda de los rusos, y á cogerles por la espalda.

Con efecto, era indispensable que esta operación se efectuara en algunos instantes, porque, reduciéndose á echar puentes delante del enemigo, éste acudiría infaliblemente al punto por donde se intentara el paso, y opondría obstáculos casi insuperables al establecimiento de los puentes, ó bien desembocaría por Esmolensko sobre nuestro flanco y sobre nuestra espalda, para cortarnos la línea de comunicaciones, ó bien levantaría el campo, escapándose de nuevo y dejándonos sin duda á Esmolensko, pero privándonos de la ocasión de venir á las manos. Todo dependía de la cuestión siguiente. ¿Era vadeable el río más arriba de Esmolensko y muy cerca de la posición que ocupábamos al presente? Porque remontarse mucho más arriba y dejar abierto el desemboque de Esmolensko á nuestra espalda, era una imprudencia inadmisibles. Rumiando todas estas consideraciones en su mente, envió Napoleón un destacamento de caballería á orillas del río, con el fin de buscar el vado. A la verdad por aquel paraje parecía el río de poca hondura; mas ora porque se practicase mal el reconocimiento, ora porque no se llevara bastante arriba, el hecho es que no se halló el vado apetecido. Así se tenía delante un curso de agua lento, aunque no vadeable, y todo el ejército de Bagratión alineado en batalla á la opuesta orilla. Echar puentes en presencia de un enemigo tan preparado, si no era impracticable, se resentía de temerario, y sólo quedaba una operación posible, la de apoderarse de Esmolensko por un golpe de energía. Napoleón no se detuvo pues ante algunas obje-